

LA LIBERTAD,

PERIODICO MODERADO.

Año II.

Este periódico se publica todos los días, por la mañana, excepto los lunes.

Jueves 3 de Marzo de 1864.

Redaccion y Administracion, calle del Prado, número 7, cuarto principal.

Núm. 97.

SECCION POLITICA.

EL GOBIERNO ANTE LAS CORTES.

Los naturales deseos que animaban a todos los hombres consagrados a la política, de conocer el pensamiento que abriga el nuevo gabinete y la marcha que se propone seguir en los negocios públicos, fueron causada la gran concurrencia que ayer asistió al Senado y al Congreso.

En éste se hallaban pobladísimo los escaños y llenas todas las tribunas, sin excluir la destinada a los periodistas. La ansiedad era grande, y a aumentarla contribuía la tardanza de los ministros, que habían asistido primero a la alta Cámara.

Abrióse la sesión en la popular, y después de aprobada el acta de la anterior y dada lectura de los reales decretos por los que fueron admitidas las dimisiones a los miembros del gabinete Arrazola, y a los de nombramiento del que preside el Sr. Mon, se procedió a la orden del día, poniéndose a discusión el dictamen sobre el ferro-carril de Medina del Campo a Salamanca, usando de la palabra en contra el Sr. Terreros, cuyo acento se confundía con los murmullos que reinaban en la sala, no siendo posible que entendiésemos lo que decía.

Hablando estaba, cuando presentándose el ministro, cuyos individuos iban de uniforme, tuvo que suspender su discurso, por indicación propia y con autorización del presidente de la Cámara.

A saludar a éste se encaminaron todos los nuevos ministros, antes de ocupar el banco azul; y una vez en él sentados, pidió la palabra el señor Mon.

Reinó entonces un sepulcral silencio, ávidos todos los asistentes de recoger hasta la más insignificante sílaba que saliese de sus labios.

No se cansó el auditorio: no embargó su atención por mucho tiempo el jefe del gabinete, el cual, después de breves frases, dijo:

«Para que no se interpreten mal mis palabras, he escrito, de acuerdo con mis dignos compañeros, nuestro pensamiento político.»

Lo que dijo y lo que leyó es lo siguiente:

«Señores diputados, los individuos que han merecido el día de ayer ser llamados por S. M. a los consejos de la Corona, vienen hoy a presentarse a este Cuerpo, no sólo para cumplir un alto deber, sino para ofrecer al mismo tiempo el homenaje de su profundo respeto. Como la presentación de los ministros al Congreso de los diputados no es una pura ceremonia, sino que, como he dicho, es además el cumplimiento de un alto deber de respeto y de consideración; como a la vez los señores diputados desearán saber la conducta que el gobierno se propone seguir, y los principios con que quiere gobernar, para que sobre sus palabras no haya la menor duda ni ambigüedad; para que se sepa clara y terminantemente lo que el gobierno va a hacer; para que en el calor de la palabra no se dé lugar a duda alguna, he consignado por escrito, de acuerdo con mis dignos compañeros, lo que vamos a hacer, y la conducta que nos proponemos seguir.»

1.º El gobierno conoce todas las dificultades que ofrece el estado presente de los negocios públicos, y procurará vencerlas con la cooperación de las Cortes, estudiando y preparando desde ahora todas las medidas que puedan contribuir a perfeccionar las instituciones y a desenvolver la riqueza pública.

2.º Pero hay medidas y discusiones urgentes que el gobierno desea y espera que queden resueltas en la presente legislatura.

3.º Aparte del examen de los presupuestos, y de las disposiciones legales que reclama la situación económica del país, son tres las cuestiones que preocupan la atención pública, y que el gobierno abordará con franqueza.

4.º En el estado en que ha la actual gabinete la cuestión constitucional, no cabe más resolución verdaderamente conservadora que resolverla pronto y de manera que pueda servir al fin la Constitución del Estado de símbolo común a todos los hombres de ideas monárquicas y liberales. Para obtener este propósito son necesarios grandes sacrificios de interés y de opiniones; pero el gobierno espera que al devolver su integridad a la Constitución de 1845, diez y nueve años hace vigente, contará con el apoyo patriótico de todos los hombres conservadores, como con el de todos los liberales sensatos del país.

5.º Otras dos cuestiones urgentes son la electoral y la de imprenta. Respecto de la primera, hay que tomar medidas que repriman los excesos que suelen cometerse en las elecciones y que realcen el prestigio del Congreso; y respecto de la segunda, hay que modificar algunos artículos de la ley vigente, para darle el carácter que deben tener las leyes en los gobiernos libres y representativos.

6.º Los antecedentes de todas las personas que forman parte del gobierno son bien conocidos, y ninguna de ellas los desmentirá en el poder. No es

necesario, pues, extenderse mucho para dar a entender cuál sea la tendencia y la conducta del gobierno. Pertenecientes todos a la escuela liberal conservadora, vienen al poder animados de un amplio espíritu de conciliación, y se proponen gobernar con el apoyo de todas las fracciones constitucionales. Su programa puede resumirse en estas palabras: defender los principios fundamentales de la sociedad española, y desenvolver y aplicar en sentido liberal la Constitución del Estado.

Acto continuo se levantó el Sr. Salaverria, ministro de Hacienda, para hacer la siguiente manifestación:

«Después del gobierno de S. M. que el examen de los presupuestos no sufra dilación, suplica al Congreso que tenga por no retirados los presupuestos presentados por la administración anterior, quedando como están hoy sometidos a las subcomisiones, a las cuales llevará el gobierno todas las modificaciones que tenga por conveniente introducir en ellos.»

Y continuó luego por brevisimo rato la sesión, comenzando a discutirse el dictamen de la mayoría relativo al acta de la Seo de Urgel, pero suspendiéndose muy pronto la discusión por falta de diputados, que casi en su totalidad habían abandonado los escaños.

En la necesidad de emitir nuestra leal y sincera opinión acerca de las manifestaciones hechas por el gobierno, lo haremos en breves palabras, para no dar demasiada extensión a este artículo.

Empezando por la conducta del señor ministro de Hacienda, no podemos menos de aprobarla, porque el simple hecho de no retirar los presupuestos significa dos cosas notables: 1.º Que el nuevo gabinete se halla de acuerdo sobre este punto con el anterior; y 2.º Que el Sr. Salaverria considera tan accidentales las modificaciones que tenga por conveniente introducir en ellos, que no vale la pena de hacer perder al Congreso tiempo preciosísimo que había de invertirse en revisar los presupuestos.

Aprobamos, pues, esta determinación del señor ministro de Hacienda, con tanta más razón, cuanto que envuelve una aprobación bien manifiesta de la obra de su antecesor, a quien prestamos nuestro desinteresado apoyo.

Pasando a considerar ahora en general la política que se propone seguir el ministerio, no seremos menos francos y explícitos.

Vencer con la cooperación de las Cortes las dificultades que surgen del estado en que se hallan hoy los negocios públicos, y estudiar y preparar el perfeccionamiento de las instituciones y el desenvolvimiento de la riqueza pública, ha dicho que es su principal deseo; y nosotros hemos manifestado repetidas veces este mismo patriótico deseo.

Aspira a resolver la cuestión constitucional, asegurando que «no cabe más resolución verdaderamente conservadora que hacerla pronto y de manera que pueda servir al fin la Constitución del Estado de símbolo común a todos los hombres de ideas monárquicas y liberales,» y se congratula de que para ello «contará con el apoyo de todos los hombres conservadores, como con el de todos los liberales sensatos del país.» Y como quiera que nosotros nos preciamos de ser muy liberales y muy conservadores, y hemos abogado con tanto calor como el que más por la legalidad común de todos los partidos y fracciones constitucionales, creemos excusado manifestar que aplaudimos este propósito del gobierno.

Con respecto a las leyes electoral y de imprenta, se ha expresado en el mismo sentido en que lo hemos hecho nosotros, siempre que la ocasión ha sido propicia para tratar de esos asuntos.

Y por último, al resumir su pensamiento político, lo ha verificado en estos términos, tan explícitos y patrióticos, que nos pondríamos en contradicción con nuestros sentimientos y con lo que en repetidos artículos hemos ardientemente manifestado, y haríamos traición a nuestra lealtad y a nuestra conciencia, si no le tributásemos por ello un sincero aplauso. «Pertenecientes todos los ministros, dijo el Sr. Mon, a la escuela liberal conservadora, vienen al poder animados de un amplio espíritu de conciliación, y se proponen gobernar con el apoyo de todas las fracciones constitucionales. Su programa puede resumirse en estas palabras: defender los principios fundamentales de la sociedad española, y desenvolver y aplicar en sentido liberal la Constitución del Estado.»

Por conclusión, pues, debemos decir que nuestro más ardiente deseo consiste en ver cuanto antes realizado ese programa, traducido en hechos ese pensamiento, y convertida a la práctica esa

bella teoría, lo cual no nos parece absolutamente dife[re]nte, si todos y cada uno de los hombres que han de contribuir a ello prestan para su realización un poco de su buena voluntad y de su patriotismo.

El lema escrito en la bandera del nuevo ministerio, dice: *conservador y liberal*. Parecemos que sólo podrá no ser aceptado por los que en la suya escribieron otro distinto, con estas palabras: *union liberal*.

Segun vemos por los periódicos franceses e ingleses y las correspondencias que ayer recibimos, no ha adelantado un paso la cuestión de Dinamarca, antes bien promete, segun todas las apariencias, tener aún por mucho tiempo en estado de alarma la Europa entera y hacer ineficaces todos los esfuerzos de la diplomacia.

En efecto, hace más de quince días que en una u otra de las Cámaras del Parlamento inglés son interpellados diariamente los ministros sobre el estado de las negociaciones relativas a la cuestión dinamarquesa, y cada día constatan con más vaguedad y contradiciendo muchas veces lo que afirmaron la víspera, deduciéndose de ahí evidentemente que la segunda proposición de una conferencia hecha por la Inglaterra a los beligerantes ha fracasado también como la primera. De todas las adhesiones a la conferencia propuesta, que se daban como seguras, no se saben hasta ahora más que las de Austria y Prusia, y éstas vienen concebidas con tantas salvedades y reservas que las hacen completamente ilusorias.

En cuanto a Dinamarca, en cuyo favor se agita hace tiempo con tanta prudencia, por no decir otra cosa, y con tan poco éxito, la diplomacia inglesa, es precisamente la parte que menos dispuesta se halla a aceptar el arreglo que se le propone, puesto que pide como condición previa de las negociaciones la evacuación del ducado de Schleswig por los aliados. Estos, por su parte, antes de consentir en la suspensión de hostilidades, exigen la ocupación por sus tropas de la isla de Alsén.

Así, pues, por ambas partes hay imposibilidad de transigir por ahora. El Austria y la Prusia sublevarían contra ellas a toda la Alemania si se retirasen de Dinamarca sin haber logrado su objeto; al paso que el rey de Dinamarca pondría en peligro su trono si consintiese en la desmembración del territorio dinamarqués. Antes de verse obligado a ello por la pérdida total de sus medios de defensa. Ahora bien; la posición de Dinamarca, lejos de haber empeorado, se ha fortalecido considerablemente desde que ha reconstruido su ejército en un teatro más pequeño e inexpugnable. En efecto, ya nos anuncia el telégrafo que desde que ha empezado el deshielo se han convertido todos los alrededores de Duppel en un vasto pantano, que hace materialmente imposible se continúen los trabajos que había empezado a hacer el ejército prusiano para el ataque de aquellas fuertes posiciones. Además la escuadra dinamarquesa, bien pertrechada y situada convenientemente, facilita al ejército todos los medios de sostener todavía por mucho tiempo la lucha con ventaja, al paso que persigue y hace diariamente numerosas presas a la marina mercante de Alemania.

Resulta de la situación que acabamos de bosquejar, que la guerra seguirá su curso natural, y que sólo el cansancio de los mismos beligerantes ó alguna eventualidad imprevista, podrá hacer que depongan las armas.

Segun el parte telegráfico que en el número de ayer verían los lectores, son tranquilizadoras y satisfactorias las noticias que se han transmitido acerca del estado de la insurrección en la isla de Santo Domingo. Parece que la desanimación de los insurrectos era tan grande, que huían desalentados, considerándose ya como seguro el triunfo completo y definitivo de nuestras tropas, modelo de valor y de sufrimiento. También se asegura que por tal motivo, había el capitán general de la isla considerado innecesarios los refuerzos que el de la Cuba había enviado, y que en su consecuencia se reembarcaron para la Habana.

Quiera Dios que todas estas noticias se confirmen muy en breve, para que vuelva a reinar la tranquilidad en los ánimos, tan abatidos ante la idea de los sacrificios que costaría la pacificación de aquel país, si no fueran tan heroicos nuestros

soldados, tan valientes sus caudillos, y tan firme en unos como en otros el amor a las glorias de la patria, cuya bandera ondea sin macilla en todas las regiones, porque en todas ellas ha tenido ocasión de demostrar España el denuedo proverbial de sus hijos.

Nos congratulamos, pues, del buen aspecto que al fin va presentando este asunto, y deseamos que, cuando sea la hora oportuna, se acuerde con prudencia y tino lo que convenga para que en adelante no haya temores de nuevas catástrofes, ni de nuevos peligros que comprometan nuestros intereses y la honra de la patria.

La sesión de ayer en la alta Cámara empezó a las tres y cuarto, leyéndose el acta de la anterior, que fué aprobada.

Dióse cuenta de los reales decretos admitiendo la dimisión del ministerio Arrazola y el nombramiento del nuevo gabinete.

También se dió cuenta del dictamen de la comisión que entiende del proyecto de ley fijando las fuerzas del ejército del presente año.

Juró y tomó asiento como senador el Sr. Mendoza Cortina.

Los individuos del nuevo gabinete, menos el señor ministro de Marina, tomaron asiento.

El presidente del Consejo, Sr. Mon, aseguró que como las palabras que el gobierno debía pronunciar en aquel momento solemne tenían cierta gravedad, para evitar todo error, llevaba escritas las manifestaciones que debía hacer, y leyó el mismo discurso que nuestros lectores verán en otro lugar.

En seguida se levantó la sesión, anunciándose que para la primera se avisaría por papeleta.

Parece que el Sr. Gonzalez Brabo ha citado a varios diputados de la mayoría para ponerse de acuerdo sobre la conducta política que han de seguir, y que dichos señores no han tenido a bien concurrir a la reunión. La España hace con tal motivo las siguientes reflexiones:

«La reunión de que tenemos noticia es una que se quiere celebrar por algunos en casa del señor Gonzalez Brabo. El objeto de ella es convenir en la actitud que han de tomar con el nuevo ministerio. Ahora bien: ayer tarde esa reunión no se había verificado, y ya se decía por todas partes que el Sr. Gonzalez Brabo había ofrecido personalmente y por escrito al Sr. Mon su adhesión completa. En este caso la reunión no tiene objeto, a no ser que el Sr. Gonzalez Brabo quiera afirmar el paso que ayer dió con la opinión de sus amigos.

Respecto al partido moderado, es natural que se reanun sus representantes para trazarse la línea de conducta que deben seguir ante los futuros sucesos; pero debe tenerse entendido que a nadie menos que al Sr. Gonzalez Brabo puede concederse la representación y la iniciativa en este asunto, pues por la experiencia de las ideas que sostuvo en el anterior Congreso está separado de la verdadera comunión moderada. Bueno estaría que este partido añadiera a la inesperada pero honrosa, honrosísima desgracia que hoy experimenta la desdicha de emprender peligrosas aventuras! Estaría bueno que viniera a deshacer fuera del gobierno lo que le ha proporcionado el respeto y las simpatías del país en cuarenta días de mandato. Porque ha perdido el poder no ha de ir a tirar sus ideas por la ventana. Lo que ha hecho siendo gobierno, eso es lo que tiene que sostener no siendo.

El Sr. Gonzalez Brabo ha demostrado que es bastante libre para seguir las corrientes que en su opinión puedan llevarle más pronto a la realización de sus ideas; pero el partido moderado pesa mucho para que puedan arrastrarlo las corrientes de las modas políticas.»

Acercas de la interesantísima cuestión de ferro-carriles, de que tanto y con tanta razón se ocupa la prensa por distintos motivos, dice anoche un periódico:

«La reunión que celebró ayer (anteayer) la comisión de diputados encargada de informar sobre el proyecto de ley del Sr. Ardanaz, para que se conceda al ministro de Fomento un crédito con que form un plan general definitivo de ferro-carriles, tuvo gran importancia. El Sr. Salamanca, único diputado elegido en oposición al proyecto, manifestó que tendría sumo placer en aprobarle con sus demás compañeros, siempre que se consignase en un artículo adicional que el gobierno podría conceder la construcción de las líneas que se solicitasen después de haber llenado todas las condiciones y requisitos que exige previamente la ley general de ferro-carriles.

Varios individuos de la comisión pidieron tiempo para examinar la del Sr. Salamanca; pero habiéndose negado el Sr. Ardanaz a aceptar en principio aquella idea, aunque pudiera concederse algo de lo solicitado, quedó acordado que mañana

—Cuando llegó el sábado, la Ópera abrió sus puertas para su baile semanal. Diez ó doce jóvenes, que eran los más íntimos compañeros de Enrique, se agruparon junto a la pared que separa el escenario del pasillo que conduce a los palcos bajos. Había además con ellos diez ó doce máscaras con dominos. Todos preguntaban noticias de los fugitivos y nadie sabía contestar.

—A lo menos, habréis visto a sir Arturo, dijo M. de Sarty, jóven par de Francia que había heredado ya tres patrimonios.

—Esta mañana le he visto montado sobre Cromwell, que pafaba delante de la puerta de su casa, contestó M. de T...

—Cromwell también ¡otro caballo muerto!

—Ved ahí un raptó que vá a dejar despojada la lista de caballos que habían de tomar parte en las próximas carreras; dijo un individuo del Jockey-Club.

—En el momento de partir al galope, repuso M. de T..., me ha dicho estas tres palabras: ¡Ya los tengo!

—Si ha dicho eso, dijo una máscara de dominó que de un brinco acababa de sentarse en una banqueta, es seguro que no ha dado con ellos.

—Bien pensado dijo otro; si los tuviese ya, no los buscaría al galope.

—Los amantes perseguidos, añadió un tercero, llevan botas encantadas de las que andan siete leguas de cada zanaeda.

—Esa clase de amantes, repuso otro dominó, encuentran una Cúpua en cada parada; vosotros decís que no los ha alcanzado, y yo os digo que ya están en su poder.

—Esta máscara que acababa de hablar llevaba un dominó de raso negro y una ancha esclavina que

jueves volvería a reunirse la comisión con el objeto de examinar ya formulado por escrito el pensamiento del Sr. Salamanca, y el nuevo artículo que parecía dispuesto a presentar el Sr. Ardanaz como medio de conciliación entre tan diversas opiniones. El Sr. Ardanaz ha redactado ya su artículo; y en el sólo conceda que el gobierno, por causas de reconciación urgente, pueda presentar aquellos proyectos que llenen las condiciones de la ley y que una vez aprobados formarán parte del plan general de ferro-carriles.»

Es tan delicado este asunto, y de tal manera tiene fija la atención en él todo el país, que es indispensable la rectitud más severa por parte del señor ministro de Fomento, para resolverlo de manera que no se perjudiquen los derechos é intereses que al amparo de la ley se han creado, ni los generales de la nación.

Sabemos positivamente que el gobierno de Su Majestad había concedido al honrado y consecuente señor teniente general Pavia, marqués de Novaliches, que ya es grande de España por su esposa, la grandeza personal; pero se nos asegura que, por un sentimiento de dignidad, no ha aceptado esta honrosa distinción.

Parece que habiendo encontrado el nuevo ministro de Fomento presentada la dimisión del director general de Obras públicas, Sr. Ibarrola, se halla dispuesto a aceptarla y a nombrar director al diputado a Cortes Sr. Ardanaz.

Se afirma como cosa segura que será nombrado subsecretario del ministerio de la Gobernación el Sr. Mena y Zorrilla.

Ha sido nombrado segundo cabo de la capitania general de Andalucía nuestro amigo el mariscal de campo D. José Angulo y Aguado, honradísimo caballero, ilustre jerezano que en la guerra de Africa, siendo brigadier, fué herido en uno de los más gloriosos combates que allí tuvieron lugar.

Ayer fueron recogidos *La Iberia, La Democracia y La Regeneración*.

Mal se ha inaugurado para nuestros citados colegas la nueva situación. Sentimos mucho tal ocurrencia.

Parece que el fiscal de imprenta, señor Cuesta, ha presentado la dimisión de su cargo.

Parece que en la fracción disidente han surgido *disidencias* acerca de la conducta que debía seguir aquella colectividad respecto del actual ministerio.

En la sesión de ayer en el Congreso, el señor Terrero, después de oír las manifestaciones que acerca de la derogación de la reforma constitucional hizo el presidente del Consejo de ministros, retiró la proposición que sobre este asunto tenía presentada.

En otra parte de este número dejamos manifestada nuestra conformidad con las intenciones del gobierno acerca de este punto, porque reconocemos la necesidad que nosotros repetidamente hemos proclamado, de que haya una legalidad común para todos los partidos. Pero aunque lo deseamos y lo queremos, querriamos también y deseáramos que a la derogación de la reforma concuerdiesen los progresistas, por razones que antes de ahora hemos expuesto y no creemos necesario repetir.

El entusiasmo que embarga a *La Política* le impide reflexionar sobre lo que lee en los demás periódicos. Atribuye a oposición, pues en tal concepto nos contesta, las consideraciones que nos sugirió la carta de París que insertamos. ¿Es que la desagrada que se pronuncie una voz de alerta?

El arma de ingenieros, donde las escuelas estaban en una estacion sensible, ha recibido el aumento de un oficial general, dos coroneles y algunos otros jefes necesarios para las necesidades del servicio.

El Sr. Jovellar ha sido nombrado subsecretario de la Guerra.

flotaba alrededor de su cintura; sus manos cubiertas con guantes negros se escondían casi dentro de unas mangas muy anchas, y no se veía de su cara más que los ojos, que relumbraban por los agujeros de la careta.

—¿Y qué sabes tú? le preguntó el par de Francia.

—Nada, pero lo advino.

—Si no me hallase en la ópera creeria que estaba en Cúmas, y si no vistiese ropa de seda te tomaría por la Sibila.

—Una mujer que espera, adivina siempre.

—Si eres tú la que le esperas, ya puedes poner una gasa negra a tu capucha; si el inglés ha encontrado a M. de Allones, el pobre Enrique es hombre al agua.

—Tú hablas, contestó el dominó, como un hombre que hace cinco años está debiendo diez mil francos al conde de Allones, y que quedaría en paz si este último recibiese una estocada.

El jóven elegante se puso colorado y miró al dominó con ojos espantados. Todos los circunstantes se echaron a reír á carcajadas.

—¿Conque segun parece, conoces también a mi vecino? preguntó al dominó M. de T...

—Le conozco tambien como a tí.

—Pues yo a tí no te conozco.

—¡Oh! haces aún más que no conocerme, puesto que me has olvidado. Un hombre tan virtuoso como tú pasa la esponja sobre los recuerdos de su juventud.

—¿Quién? ¡el virtuoso! un secretario de embajada! ¿dónde diablos habría ido a andarse la virtud gritando todos a la vez.

—¿Queréis que os dé una prueba de ello? replicó el dominó... Hace tres ó cuatro años que una mujer... era una mujer casada, señores.

FOLLETIN.

DAFNIS Y CLOE.

IV.

(Continuacion.)

—Vengo a despedirme de vos, amiguita.

—¿Qué, os marcháis?

—Dentro de una hora.

—¿Y a dónde vais?

—Maldito si lo sé es un problema que han de resolver ó Dios ó el diablo.

Paquita fijó los ojos en los de M. de Allones, diciéndole:

—Explicaos.

—¿Pardiez! es muy sencillo: quiere decir que dentro de una hora estaré en el infierno ó en el paraíso. ¿En cuál de estos dos puntos creéis que se halla uno mejor?

—¿Pues qué! ¿queréis mataros?

—Es decir, yo no, pero quieren matarme.

—¿Un desafío?

—Precisamente.

—¿Con quién?

—Con sir Arturo.

—¿Ay Dios mío! ¿aos desde ahora por muerto, exclamó la española cruzando las manos.

—Esa es una aprension vuestra, dijo el conde.

—¿Pues qué, ignorais que el conde apunta la pistola con la misma precision con que los cazadores tiroleses usan de su inerrable carabina, y maneja la espada con una destreza capaz de dar celos a la sombra del famoso caballero de San Jorge?

—Lo sé.

—¿Pero por qué ese desafío?

—Porque me gustais y os amo.

Paquita al oír esto dirigió una mirada de incredulidad al conde y al mismo tiempo se sonrió con mucha coquetería.

—Pero ese es un motivo más para que deseéis vivir, le dijo.

—Sir Arturo no quiere que todo el mundo viva.

—¿Egoísta! exclamó la española por el bajo encogiéndose ligeramente de hombros.

M. de Allones la reñió entonces lo que había pasado en la cena de la noche anterior, y concluyó su relacion con las siguientes palabras:

—Esta mañana han venido a decirme que sir Arturo, temeroso de que yo lleve a cabo mi proyecto, y deseando conservar a toda costa vuestra posesion, está resuelto a inmolarme. Confieso que este temor me hará algunas cosquillas en el momento de marchar.

—¿Pero si ha de matar a todos los que me quieren, exclamó Paquita, quiere decir que sir Arturo se propone convertir la calle de San Jorge en otro cementerio del Padre Lachaise!

—Sí, pero por ahora esta calle es un jardín, contestó Enrique, cogiendo una rosa de un ramillete que había en un florero de porcelana, aunque más tarde pueda yo ser su primer ciprés.

—¿Pero no hay medio de evitar ese desafío? Preguntó Paquita.

—Los padrinos de sir Arturo estarán en mi casa dentro de una hora.

Paquita dió una patada en el suelo.

—Lo que yo os pido es un medio de salir de este conflicto, y no un detalle sobre la misma cuestion, replicó con impaciencia.

—En quince minutos se piensan quince medios distintos.

—No os pido más que uno.

—Entonces elijó el mejor.

—¿Y cuál es?

—Que os llevo conmigo.

—¿Ah!

—Hacia ánimo de partir solo para el purgatorio: ahora vos me acompañaréis al paraíso.

—¿Y en dónde está ese paraíso?

—Donde vos me lleveis: en el barrio de San German ó en el Perú.

Paquita se sonrió; pero no contestó una palabra y se quedó pensativa, arrugando entre los dedos la cinta de su peinador y mirando las agujas del reloj de sobremesa.

Al cabo de cinco minutos M. de Allones tomó el sombrero y se despidió. Iba ya a salir del tocador, cuando Paquita se agarró al tirador de la campanilla y lo sacudió con fuerza.

—¿Pardiez! exclamó, yo no soy ninguna santa para dejaros correr así a una muerte segura! Y habiendo mandado al criado que fuese al instante a buscar una silla de posta, se marchó con M. de Allones.

Hacia ya tres ó cuatro días que Paquita había desaparecido, y nadie en París había podido descubrir todavía el asilo en donde se escondían los dos nuevos amantes. El inglés reventaba caballos de porta en todos los caminos y no encontraba la pista de la fugitiva pareja. El rumor de esta escapatoria se había difundido por todo París y no se hablaba de otra cosa: los unos apostaban á que los dos amantes se habían embarcado para América, al paso que otros aseguraban que no habían salido de París.

—En quince minutos se piensan quince medios distintos.

—No os pido más que uno.

—Entonces elijó el mejor.

—¿Y cuál es?

—Que os llevo conmigo.

—¿Ah!

—Hacia ánimo de partir solo para el purgatorio: ahora vos me acompañaréis al paraíso.

—¿Y en dónde está ese paraíso?

—Donde vos me lleveis: en el barrio de San German ó en el Perú.

Paquita se sonrió; pero no contestó una palabra y se quedó pensativa, arrugando entre los dedos la cinta de su peinador y mirando las agujas del reloj de sobremesa.

Al cabo de cinco minutos M. de Allones tomó el sombrero y se despidió. Iba ya a salir del tocador, cuando Paquita se agarró al tirador de la campanilla y lo sacudió con fuerza.

—¿Pardiez! exclamó, yo no soy ninguna santa para dejaros correr así a una muerte segura! Y habiendo mandado al criado que fuese al instante a buscar una silla de posta, se marchó con M. de Allones.

Hacia ya tres ó cuatro días que Paquita había desaparecido, y nadie en París había podido descubrir todavía el asilo en donde se escondían los dos nuevos amantes. El inglés reventaba caballos de porta en todos los caminos y no encontraba la pista de la fugitiva pareja. El rumor de esta escapatoria se había difundido por todo París y no se hablaba de otra cosa: los unos apostaban á que los dos amantes se habían embarcado para América, al paso que otros aseguraban que no habían salido de París.

—En quince minutos se piensan quince medios distintos.

—No os pido más que uno.

—Entonces elijó el mejor.

—¿Y cuál es?

—Que os llevo conmigo.

—¿Ah!

—Hacia ánimo de partir solo para el purgatorio: ahora vos me acompañaréis al paraíso.

—¿Y en dónde está ese paraíso?

—Donde vos me lleveis: en el barrio de San German ó en el Perú.

Paquita se sonrió; pero no contestó una palabra y se quedó pensativa, arrugando entre los dedos la cinta de su peinador y mirando las agujas del reloj de sobremesa.

Al cabo de cinco minutos M. de Allones tomó el sombrero y se despidió. Iba ya a salir del tocador, cuando Paquita se agarró al tirador de la campanilla y lo sacudió con fuerza.

—¿Pardiez! exclamó, yo no soy ninguna santa para dejaros correr así a una muerte segura! Y habiendo mandado al criado que fuese al instante a buscar una silla de posta, se marchó con M. de Allones.

Hacia ya tres ó cuatro días que Paquita había desaparecido, y nadie en París había podido descubrir todavía el asilo en donde se escondían los dos nuevos amantes. El inglés reventaba caballos de porta en todos los caminos y no encontraba la pista de la fugitiva pareja. El rumor de esta escapatoria se había difundido por todo París y no se hablaba de otra cosa: los unos apostaban á que los dos amantes se habían embarcado para América, al paso que otros aseguraban que no habían salido de París.

